Crónica del entierro de Amatu'l-Bahá

2 febrero 2000

Carlos D Albert

Los paraguas dilatan su silencio en el tiempo en una ligera llovizna mientras lentamente los amigos se congregan en la calle, en frente de la Casa del Maestro. El pavimento húmedo y los charcos reflejan un cielo gris, mutando al tiempo que las nubes giran y se agitan a través del Monte Carmelo. Los grandes árboles en fila recogen la tenue lluvia cuando de repente dejan entonces caer grandes gotas de agua como si se tratara de fruta madura. La calle está tranquila, desprovista de tráfico.

Los trabajadores y los jardineros completan los toques finales en el jardín a lo largo de la calle desde la Casa del Maestro. Un lecho de flores en el centro del jardín envuelve la última morada de nuestra querida, nuestra amada Amatu'l-Bahá Rúhíyyih Khanúm. Un trabajador se ocupa de revestir el interior de la tumba con rosas, mientras otros disponen con sumo cuidado cientos de ramilletes y coronas de flores que continúan llegando desde los lejanos rincones del mundo. Durante los

últimos cinco días estos trabajadores, bajo la lluvia, han transformado esta zona ajardinada en un monumento resplandeciente.

Los empleados, portando cintas púrpuras en sus solapas con alfileres, aseguran que se reciba y se escolte a los invitados hasta las zonas de espera designadas. Conforme se acercan las 2:00 de la tarde, llegan unos coches solitarios al portal principal de la Casa del Maestro y nos traen a las dos Manos de la Causa que permanecen entre nosotros, el Sr. Furútan y el Dr. Varqá. Caminan en fila hasta el portón de enfrente. Los miembros de la Casa Universal de Justicia, Consejeros y otros distinguidos invitados dirigen sus pasos hacia la Casa del Maestro a la que entran, casa donde yace nuestra amada Mano de la Causa Rúhíyyih Khanúm. Peregrinos, visitantes y empleados del Centro Mundial Bahá'í ocupan suelo y jardín de los alrededores.

Permaneciendo cerca de la entrada de la Casa del Maestro, puedo ver al Sur el Monte Carmelo y atisbar la nívea cúpula de la Casa Universal de Justicia y las terrazas superiores del jardín. Conforme las nubes despejan, un cálido sol satisface con sus rayos a los congregados en el exterior. El jardín reluce, fresco de su previo aguacero. Junto a mí está Jamel, un guarda de seguridad musulmán que ha sido un fiel empleado en el Santuario del Báb durante más de 20 años. Permanece hoy guardando sigilo, añorando a una vieja amiga. Un niño con sus botas de agua rojas sostiene la mano de su padre. Jardineros que han trajinado toda la mañana bajo la lluvia están discretamente reunidos atrás, llevando sus impermeables amarillos.

Su aspecto de cansancio es el que procede de un trabajo de amor. Mientras el Sr. Semple lee el anuncio de la Casa Universal de Justicia a los bahá'ís del mundo del fallecimiento de nuestra amada Mano de la Causa, los pájaros repentinamente comienzan a cantar. Mudos durante varios días, su canto se hace muy evidente. A continuación de este anuncio se leen y se entonan seis oraciones y extractos de los Escritos Sagrados. El sistema de megafonía con altavoces alojados por todo el jardín y por los terrenos permite a las oraciones susurrar a través de los pulcros y engalanados setos, árboles y flores. Después de finalizada la Oración por los Difuntos el ataúd es trasladado por los porta féretros a lo largo de la calle hasta la última morada. Estos robustos jóvenes representando la diversidad del mundo evocan en mi mente la capacidad ilimitada de esta generación.

Una vez más el cielo se oscurece al tiempo que el féretro se deposita en su lugar de entierro.

Se leen tres oraciones que culminan un total de nueve. La lluvia cae tañendo la tela de los paraguas que protegen a la multitud de un cielo que diluvia. El féretro, hecho a mano por un siervo de Bahá en un exquisito cedro claro, está cubierto con un gran ramo de rosas. Sus vigorosas líneas y su bóveda llena de gracia tienen una elegancia que evoca a la Mano de la Causa que ahora atesora. Las rosas y el féretro resplandecen en el fresco chaparrón mientras respetuosamente son depositadas en

su última morada. Se coloca una cubierta de protección y todos los presentes expresan sus últimas deferencias. Arraiga en el féretro un montículo de flores, mientras que los asistentes depositan flores como amoroso recordatorio, ostensiblemente añorando a la compañera auxiliadora del Guardián. Pasada una hora, el jardín está vacío excepto por unos trabajadores que están sellando el féretro en su bóveda de hormigón.

Conduciendo ya por la Avenida Ben Gurion la lluvia aminora al tiempo que la bahía de Haifa se abre ante nosotros. Nos deleitamos con la belleza y esperanza de un arco iris que se despliega a lo largo de la bahía acabando en Bahji. Y este día, desdeñando sus luchas, ha hecho avanzar mucho a la Causa.

Posdata: Esta mañana está bastante silenciosa en el Monte Carmelo aunque los pájaros cantan de nuevo. Mientras el sol caldea la Montaña, observo a los miembros de la Casa Universal de Justicia caminar por el sendero de guijarros retornando de sus oraciones en el Santuario del Báb.

Escrito originalmente en inglés por Don Geiger y traducido al español por Victor Ereza de España.